

# SANDOVAL, SIN FILTROS

Por Benito Royuela Rico,  
profesor del IES "Cardenal Sandoval y Rojas"  
desde 1979 hasta 2016.

Cuando pensamos en el Ilustrísimo y Reverendísimo Cardenal, la pompa y el halago parecen imponerse; pero no hay que someterse a esa imposición y sí, de momento, añadir alguna consideración previa: si en toda biografía, aunque sea tan breve como ésta, deben aparecer los hechos del biografiado, estos hechos serán más comprensibles si los situamos en su época, su tiempo y, sobre todo, su condición social; en el siglo XVI dicha condición social, el estamento (nobleza y clero frente al resto y por encima) explica, más que la economía, el devenir personal: los privilegiados usan y abusan de su situación para mantenerla, reforzarla ayudando a sus afines y prolongarla construyendo esa especie de dinastías, tanto clericales como nobiliarias, que expresan la influencia de un linaje, el poder de un escudo (aún hoy los obispos recién nombrados se dotan de un escudo con sus "armas").

Los datos que siguen proceden, en su mayor parte, del denso artículo publicado en la Revista nº 8 de la Biblioteca, del que



*Retrato ecuestre del Duque de Lerma.  
Pedro Pablo Rubens. Museo del Prado.*

es autor Pedro Ontoria Oquillas. Recordamos, pues, que el futuro príncipe de la Iglesia nace en Aranda, en una de las casas de la Plaza Mayor, la más céntrica; son sus padres Hernando de Rojas y María Chacón, quienes han llegado a la villa siguiendo a la corte de Carlos I y V por las obligaciones cortesanas del padre; el 20 de abril de 1546 se le bautiza en Santa María con el nombre de Bernardo, por su abuelo paterno; su otro abuelo fue Gonzalo Chacón, célebre consejero de Isabel I de Castilla desde la infancia de ésta.



*Colegiata de San Pedro en Lerma.*

La criatura se suma a una familia numerosa (nueve hijos) y poco acaudalada, a pesar de los empleos que en la corte desempeñan sus padres (gentilhombre de Carlos él y dama de honor ella de la reina Isabel de Valois, tercera esposa de Felipe II, entre otros menesteres); se explica así que de muy niño fuera acogido por la condesa de Lerma, Isabel de Borja (hija de San Francisco de Borja), que lo cuidó y mantuvo entre sus hijos; viviendo en Tordesillas nació el futuro duque de Lerma, considerado su sobrino al ser hijo de su primo Francisco y de doña Isabel.

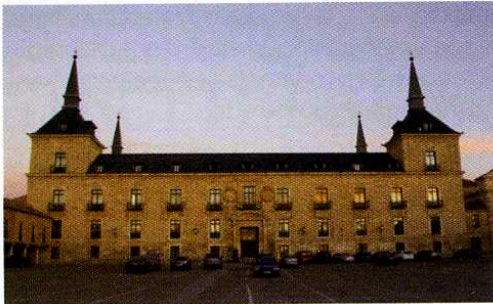
El muchacho, de escasa salud, pasó luego a criarse bajo la protección del hijo bastardo de su abuelo, su tío Cristóbal de Rojas y Sandoval, a la sazón obispo de Oviedo; tenía sólo 9 años cuando recibió la tonsura, una de las órdenes menores, que sin comprometerle a seguir una carrera religiosa le permitía percibir beneficios eclesiásticos; estas rentas le permitieron man-

tenerse, a él y a su criado, durante su larga etapa estudiantil, que se prolongó durante 18 años hasta licenciarse en Teología cuando ya contaba 30 de edad.

La protección de su tío, cuando llegó al arzobispado de Sevilla, le proporcionó rápidos progresos en su carrera eclesiástica: antes de tener las órdenes mayores, sin ser siquiera cura, llegará a canónigo; después, ya sacerdote, ascenderá a arcediano de Écija y gobernador del arzobispado.

El siguiente escalón, el ascenso a obispo, dependía del rey; en la España medieval se había impuesto, por la fuerza de los hechos consumados, el nombramiento de los obispos por los monarcas en las ciudades arrebatadas a los musulmanes (así el Cid, que ni siquiera fue rey, nombró en Valencia a fray Jerónimo); este tipo de nombramientos fue aceptado por los papas en lo que se llamó Patronato Regio, que permitió a los sucesivos reyes y Jefes de Estado españoles proponer los nombres de obispos para sus dominios (en 1976 Juan Carlos I renunció a este privilegio).

En 1585 Felipe II nombró a don Bernardo, aún apellidado de Rojas, obispo de Ciudad Rodrigo, la diócesis más pequeña y peor dotada de Castilla; pero el salto a la dignidad episcopal ya estaba dado: en 1588 fue nombrado obispo de Pamplona y en 1596 de Jaén; de estos diversos destinos destacó su más larga estancia en Pamplona, tanto por diversos asuntos espinosos como por el acertado traslado de



Palacio Ducal de Lerma

las fiestas de San Fermín, por motivos climatológicos y de ferias de ganado, desde el mes de octubre al 7 de julio.

Llevaba dos años de obispo de Jaén, sin pena ni gloria dicen sus biógrafos, cuando murió Felipe II (“si el rey no muere el reino muere”, se llegó a decir en un conceptista juego de palabras que reflejaba la situación imposible a la que conducía su política bélica) y le sucedió Felipe III; como bien sabía el difunto rey, el dueño de la voluntad real, hasta el punto de cederle su misma firma, era don Francisco Gómez de Sandoval y Rojas, sobrino de nuestro don Bernardo y pronto duque de Lerma. En menos de dos meses consiguió que Felipe III pidiera al papa para su tío el título de cardenal, al que fue promovido en 1599, con un curioso efecto secundario: dejó de apellidarse Rojas y Sandoval para pasar a ser Sandoval y Rojas.

Todo se movió muy rápido en estos inicios de reinado: sólo mes y medio después de su cardenalato fue nombrado arzobis-

po de Toledo, máximo puesto de la Iglesia hispana, que llevaba consigo el disfrute de las mayores rentas agrarias de la península como dueño de la llamada Mesa del Arzobispo, amplísimo latifundio en tierras de La Mancha. El mismo año 1599 será nombrado consejero de Estado, como parte de la estrategia de su sobrino de ocupar con sus hombres y deudos los centros de poder.

En 1608, después de larga resistencia, aceptó el cargo de Inquisidor General; como tal publicó en 1612 un nuevo índice de libros prohibidos y expurgados. En 1609 se produjo la expulsión de los moriscos, minoría creciente e inasimilable, en una discutida decisión que marcaría la España del futuro: la exclusión del diferente; sobre este tema no consta ninguna opinión del cardenal.

Sí conocemos su opinión en otro de los episodios habituales de la época: en 1615 se celebró un auto de fe en Toledo, al que debía asistir, como parte de su instrucción (sic), la infanta Ana, entonces de 14 años, antes de pasar a Francia para casarse con Luis XIII; el cardenal propuso suavizar los castigos corporales a algunos de los penitenciados, de origen francés, para que pareciera que la infanta empezaba a velar por sus futuros súbditos; pero Felipe III (¿o el duque de Lerma?) rechazó esas sensiblerías, argumentando que la presencia de la familia real en los autos de fe “*daba autoridad a la ejecución*”.

---

Sus años de cardenal primado, número uno de la Iglesia española, no dejaron especial huella: no muy aficionado a vivir en la corte, estuviera ésta en Valladolid (donde el duque de Lerma protagonizó el primer gran pelotazo urbanístico de nuestra historia) o en Madrid; los juicios sobre él, dejando a un lado los pagados, podrían resumirse en la frase de Contarini, el embajador veneciano: “*vase tras los muchos*”. Tal vez por eso, cuando caía la estrella de Lerma, don Bernardo, poco antes de morir en Madrid, el 7 de diciembre de 1618, se pasó al campo de su sucesor como válido, el duque de Uceda.

Cumplió sus funciones bautizando en la famosa pila de las monjas de Caleruega a casi todos los hijos de Felipe III; defendió los intereses materiales de su diócesis en los pleitos sobre el Adelantamiento de Cazorra y el señorío de Brihuega; y tropezó a menudo con el cabildo toledano, como ya le había ocurrido con el de Pamplona, por su descarado apoyo a familiares (nepotismo) y criados. En efecto, don Bernardo pretendía remunerar a sus más próximos no a costa de su propio bolsillo sino con pensiones y dignidades de la catedral. Todo ello mientras está probado documentalmente que estuvo pagando al duque de Lerma, que no daba puntada sin hilo, 2.000 ducados al mes entre 1599 y 1609.

Este último dato nos lleva a valorar más justamente su tan cacareada fama de mecenas y protector de Cervantes y otros es-

critores; aunque se han conservado numerosos elogios, incluido el “*vívame la suma caridad del ilustrísimo de Toledo*”, cabe preguntarse: ¿cuántos de los ducados que rebosaban los bolsillos del duque de Lerma hubieran servido mejor para aliviar la conocida miseria de los últimos años del autor del *Quijote*? Alguien que gastó, según su secretario, 2.150.000 ducados en limosnas y edificios santos o públicos, ¿fue solo fastuosamente rico o verdaderamente desprendido?

Sin embargo, serían esas líneas de Cervantes las que sustentaron siglos después su nombre: fundado en 1928 el Instituto Local de Segunda Enseñanza de Aranda de Duero, en 1947 don Jacinto Jimeno, profesor de Religión, se apoyó en dichas líneas del prólogo a la segunda parte del *Ingenioso hidalgo* para solicitar, por primera vez, que el Instituto, ya Nacional, recibiera el nombre del cardenal arandino; la petición fue reiterada con parecido argumento por el claustro de profesores en 1961 y, una vez aprobada, se le conocerá como Instituto Nacional de Enseñanza Media Cardenal Sandoval y Rojas.

Como queda dicho, la criatura, el Instituto, estuvo largos años sin bautizar y casi se va al limbo atropellado por las vicisitudes de la historia: en 1936 hubo de ceder parte del edificio a los rebeldes sublevados contra la República, quienes lo devolvieron en 1939 casi destrozado, como consta por los escritos de su primer director, don Valen-

tín de la Plaza; pero la catástrofe amenazó cuando los rebeldes, ya vencedores de la Guerra Civil, decretaron la supresión de varios Institutos, incluido el nuestro (mantener la enseñanza pública no era una de sus prioridades).

Hay que reconocer la rapidez del jefe local de Falange, Luis Mateos Martín, que marchó a Burgos, aún “Capital de la Cruzada”, y por intermedio del general falangista Yagüe logró hablar con el nuevo ministro de Educación, Ibáñez Martín; posteriormente le remitió un bien fundamentado escrito, con el aroma de la prosa del momento (“*la vieja Castilla, que en la guerra liberadora... con su gesto ceñudo, su sobriedad y religiosidad tradicional ha salvado a España...*”), el cual, junto a nuevas gestiones, consiguió mantener vivo el Instituto.

Este había ido mudando de piel, para dar solución a las necesidades educativas de la villa: desde su sede inicial, en el solar que hoy ocupa la Casa de Cultura, se trasladó en 1951 al actual Colegio “Castilla”, donde se mantuvo hasta 1978, cuando ya los alumnos le desbordaban; en la Semana Santa de dicho año se hizo el traslado a su ubicación actual, en la que llegó a acoger a más de 1.000 estudiantes en los años académicos 1985-87 y 1996-97; como no cabían, hubo que ocupar aulas del Colegio “Santa Catalina”.



*Escudo arzobispal, Bernardo Sandoval y Rojas en Alcalá de Henares*

Es de justicia recordar a los cientos de profesores que han dejado buena parte de su vida y su saber en esas aulas; queden personalizados en la figura de los tres que, desde su tarea como Directores del centro, más han marcado su trayectoria: Valentín de la Plaza, en los muy difíciles primeros años desde 1929 hasta 1941; Pedro Sanz Abad, entre 1947 y 1963, que simultaneó este puesto con el de Alcalde de 1947 a 1957; y Severino Lafuente Poza, que ocupa este cargo directivo desde 1987. Gracias a ellos suena mejor el nombre del Cardenal Sandoval y Rojas.